

# GUADALAJARA Y SU PROSTITIBULO DE LA FUNEBRE CONSOLACION

Noviembre agita su racheado viento de las montañas. Sombras de transeúntes muévense fugaces, esquivas, inclinadas hacia el duro adoquín de la posguerra. Es de noche cuando pasan las cuerdas de presos hacia la Prisión Provincial de la calle de la Amparo; al fondo los Cuatro Caminos; más allá montes de violeta machadianos y carretera de Cuenca. Veo a través de los cristales de mi balcón cómo se desplaza la torva, mísera, encadenada cuerda de presos. Guardias civiles con capas y tricornos, fusiles «Mauser» al hombro del amanecer: escoltan tristezas, miedos. Voy de niño con ellos, atado al numeroso grupo con mis imaginación atormentada. ¿Cómo serán las cárceles del alma? Lajos Zilahy, más tarde, me dirá que es el amor la prisión más terrible; Miguel Hernández gritará podéis encadenarme el cuerpo, no me robaréis el alma.

Sin embargo, ay, sin embargo. A la entrada del Parque de San Roque, estaba el prostíbulo, la casa de. No es necesario decirlo. Noviembre agita su racheado viento helado, es jueves por la tarde, noveno año triunfal. Es el crepúsculo de la tarde y una radio «Philips» gótica está lanzando al aire su «Verdad Amarga»:

Yo sé que es imposible nuestro  
[amor  
porque el destino manda,  
y tú sabrás un día comprender  
esta verdad amarga.  
Te juro por los dos  
que me cuesta la vida,  
que sangrará la herida  
por una eternidad...

El reloj del Ayuntamiento da las siete de la tarde y salimos del aula. Guantes de lana, botas claveteadas, el primer cigarrillo «Bubi»

nos lo fumamos Caratanque y yo en la Plazuela de San Gil, a medias.

—Jo, macho, dame una chupada última—dijo Caratanque.

Me abroché el abrigo y, a la puerta de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, me despedí de mis compañeros: Voy a casa de mi tía, mentí. Atravesé el paseo central del Parque de la Concordia y llegué a la entrada de San Roque. Me temblaban las piernas y el corazón parecía querer salirse del pecho. Allí, a la izquierda, junto al cojitranco farol devorado por la vejez, ciego intermitente por los altibajos de la Hidroeléctrica, al lado de la esquina donde se helaba una fuente, estaban las hileras de soldados. La miseria de los capotes que olían a agrio cuartel, los gorros de borla, las manos en los bolsillos.

—¿Quién da la vez?—preguntó el recién llegado.

Era un cabo primero y le dejaron pasar delante de ellos: a sus órdenes mi cabo, pase usted adelante, nos da igual. Aquellos rostros cetrinos de aldeanos y el frío en las miradas se quedaron grabados en mi mente, agazapado en el portal próximo. Tenía que atreverme a entrar. Me miraba en el espejo de mi armario y me decía tienes estatura, pantalones largos. Llegué el último, cuando ya los soldados se habían ido al toque de retreta. Un llamador con forma de mano. Cuando se abrió la puerta oí pase quien sea. La escalera empinada de madera conducía al antro mítico. Imaginaba mientras ascendía por los torcidos escalones rostros de mujer, blancas colinas, muslos blancos, como diría a mi corazón más tarde Pablo Neruda.

—Pero, ¿qué quieres tú?—me dijo una ramera vieja, como árbol herido por el rayo, que me salió al encuentro en el pasillo—. Eres un menor.

—Tengo trece años cumplidos—dije con voz temblorosa, sujetando con fuerza mi cartapacio—. Quiero hablar con la señora Consolación.

Oía risas de mujer al fondo y el aire estaba emponzoñado de olor a cuartel y a colonia barata. Al fin llegó la señora Consolación la Fúnebre con su máscara de maquillaje, los labios pintarrajeados como la Bizcocha del poema «La Lirio», de Rafael de León: Una colilla apagada y una blasfemia al acecho.

—¿No sabes que aquí no pueden entrar los menores? Me buscas un lío con la policía—me dijo la señora Consolación.

—Tengo dinero—repliqué imperturbable, mostrándole un billete de cien pesetas.

—¡Hola!—exclamó la dueña del prostíbulo.

Era jacarandosa y terrible, sus grandes pechos de matrona asomaban por el amplio escote de su bata de lunares. Olía también a tufo de brasero, la cabeza me daba vueltas cuando la señora Consolación, cogiéndome el dinero, se lo guardó en la pechera y gritó, ¡Nené!

—¡Tienes un cliente!

Era la última puerta del pasillo. Llamé con los nudillos y entré despacio, como el que penetra en la guarida del dragón. Vi una cama de hierro con bolas de cobre, un toco lavabo, una cómoda inclinada por el desnivel del suelo y a Nené, sentada en la cama, recostada en un almohadón, leyendo una novela de amor imposible que se titulaba «Muere, cariño, muere». Fumaba en la comisura de los labios un cigarrillo «Pall-Mall», regalo de un señor de posibles cuyo nombre se omite por razones obvias.

—Vete, eres un niño—me dijo, cerrando la novela y saltando de la cama.

Estaba desnuda bajo la ligera bata de seda carmesí. Una estufa de petróleo creaba en la atmósfera dulces anhelos de suicidio. Vamos, sal de la habitación, ¿no ves que me buscas la perpetua con la bofia?

Temblaba mi voz de adolescente, mi mirada relampagueaba de absorto frenesí.

—Yo no he venido aquí por lo que usted se imagina—balbuceé—, estudio pintura en la Escuela de Artes y Oficios y quisiera dibujarla desnuda si no le importa. Le pagaré bien.

Yo era la oveja negra de mi familia. Papá era enemigo de gentes bohemias y yo tenía la obsesión de ser pintor. Estaba harto de pintar desnudos de escayola. ■

Ramón HERNANDEZ